

plaza, en donde había introducido el orden y el buen gobierno, pero Bolívar quería para sí el mando en jefe, y Castillo no estaba dispuesto á someterse á su autoridad. Principiaron, pues, por disputar, y de las disputas vinieron á las manos, estallando entre los dos la guerra civil, cuando su común enemigo debía tardar tan solo en presentarse entre ellos, el tiempo necesario para dar la última mano á la restauración española en Caracas.

Mientras así andaban Bolívar y Castillo, el virey Montalvo que estaba en Santa Marta, lanzó una expedición contra Barranquilla al mando del coronel Capmany que obtuvo el mejor éxito, volviendo con su conquista otros varios pueblos á la obediencia de España. Este triunfo obtenido á espaldas de Bolívar y Castillo decidió la cuestión entre ambos quienes olvidaron sus pretensiones y se unieron contra Montalvo, pero Bolívar que se convenció muy pronto de que era absorbido, vió además avanzar á Morillo contra ellos, y como además comprendiera cuán difícil había de ser sostenerse aislados en Cartagena, decidió abandonar el campo á su competidor retirándose á la Jamaica á donde pudo escapar en frágil embarcación, gracias á su arrojo.

Presentóse al fin Morillo en Santa Marta el día 22 de Julio y tras un mes de preparativos para el sitio de Cartagena, se puso delante de esta plaza, que rindió el día 6 de Diciembre, gracias á un estrecho sitio que la redujo á la mayor miseria, después de haber escapado algunos de los principales jefes de la revolución, no cabiéndole esta suerte al general Castillo quien fué á los pocos días ajusticiado con otros ocho en desagravio de la ejecución de catorce oficiales españoles, quienes junto con el general Hore, enviado por España de gobernador de Panamá, habían caído prisioneros de un corsario cartaginés. Hore compró su libertad y vida por ocho mil duros, lo que no acredita la moralidad de la revolución de Cartagena.

Sin el sistema rigorista de Morillo y Morales, terminaba ahora la revolución en toda esta parte de América, pues Zarasa, asustado por la marcha de las cosas, llegó á pedir el indulto á Cagigal, pero éste no sabiendo si esto entraba en los planes de Morillo, dió largas al asunto para poder consultarle, lo que hizo que Zarasa se considerase como irremisiblemente condenado, y principiara desde luego una guerra cruel y porfiada, que se hizo tanto más de sentir, cuanto más se fué metiendo Morillo por el interior del país.

Si la expedición de Morillo, en vez de dirigirse á Costafirme, en donde no era en rigor necesaria su

presencia, pues hubiese bastado con enviar á Montalvo y á Morales algunos refuerzos para afianzar la reconquista, se hubiese dirigido á la Plata, como se creía en España al salir la expedición y como creían los mismos expedicionarios hasta llegar á la altura de Canarias en donde se abrieron los pliegos que les indicó su destino, la revolución en la Plata hubiera presentado un aspecto bien distinto del que ofrece en 1815, con Rondeau en el Tucumán aislado, Artigas en la banda Oriental reclamando su parte de poder supremo y Alvear en Buenos-Aires procurando sostener á toda costa su precaria autoridad, que no duró sino mientras estuvo rodeado de sus tropas, pero en cuanto sacó estas para batir á sus rivales, Buenos-Aires se pronunció y sacudió su tiranía, apoyada por la columna expedicionaria de Alvarez. Alvear comprendió que no tenía más remedio que resignarse á su suerte y procuró escapar á Río Janeiro, para donde salió escondido en un buque inglés.

Triunfante el cabildo ó ayuntamiento de Buenos-Aires, y disuelta como una consecuencia inmediata la Asamblea Nacional, trató aquel cuerpo de legitimar su acto en un largo manifiesto que dió el día 16 de Abril, explicando todo el daño que á la República había causado su dictador. Luego organizó un cuerpo electoral á su gusto, y éste eligió por dictador á Rondeau, quedando Alvarez en su puesto durante su ausencia. Sin embargo, como siempre, desconfiada la revolución, en sustitución de la Asamblea se nombró una Junta que, sin embargo de no llamarse soberana, tenía la facultad de contradecir todos aquellos actos del dictador que le parecieran contrarios á las leyes ó á la conveniencia pública, á cuyo fin publicó una especie de declaración de derechos de la nación y el ciudadano que no sirvió mas que para aumentar la confusión y la anarquía.

Hasta aquí todo fué bien en Buenos-Aires, pues se esperaba de su alzamiento el restablecimiento de la paz pública, tanto que para conseguirla y desagraviar á Artigas, el Cabildo hizo quemar en la plaza pública, por mano del verdugo, la proclama de Alvear contra Artigas, pero éste, ya jefe absoluto é independiente, no demostró la menor deferencia por aquellas muestras de desagravio y continuó desde la banda Oriental, amenazando la tranquilidad pública, por cual motivo, salieron de Buenos-Aires tropas para Santa Fe, para estar al tanto de sus movimientos. Más se hizo para el restablecimiento del orden. Convencidos los buenos-aiereños de que eran los celos los que mantenían en provincias la agitación y el desorden, se apresuraron

á renunciar á la capitalidad, y así dispusieron sus autoridades que la nueva Asamblea se reuniese en el Tucumán, es decir, á mil doscientas millas de Buenos-Aires. Esta excelente medida no produjo de momento los resultados que se esperaban de ella.

Había llegado á Buenos-Aires la noticia de la expedición de Morillo, y era en dicha ciudad general la creencia de que la expedición se presentaría á su frente, y general también la opinión de que toda resistencia sería inútil. Ante la perspectiva de los grandes acontecimientos que se preparaban, Alvarez sintió decaer su ánimo y se retiró. Diósele por sucesor á Balcarce, pero éste se negó á aceptar puesto tan comprometido, y Rondeau, el verdadero dictador, no quería regresar á Buenos-Aires, sino vencedor, y acababa de ser derrotado por Pezuela en Viluma.

Así no es de extrañar que todo fueran cabildeos políticos en Buenos-Aires y se hablase públicamente de la posibilidad de retornar al Brasil, de emigrar en masa al interior buscando un arriño al lado del general San Martín que había pasado á Mendoza al pié de los Andes, para detener el avance de los soldados de Osorio, de quien se sabía que había pacificado á Chile. Pero á poco se supo la llegada de Morillo á Costafirme y su entrada en operaciones, con lo que se restauró un tanto la calma y la atención se fijó en el Congreso Nacional que á fines de año se reunió en el Tucumán. Fortuna fué, pues, para Buenos-Aires que torciera la expedición de Morillo para Costafirme, y que Pezuela no pudiera vencer la resistencia de Rondeau hasta fin de año, de lo contrario, la pacificación del sud de América hubiera sido un hecho desde Panamá á la Patagonia.

Pero ya se recordará la apurada situación en que dejamos á Pezuela al apuntar el año 1815.

La afortunada empresa de Ramírez contra Arequipa, había tenido para él, de momento, la consecuencia de debilitarle é inmovilizarle, y ahora debía Ramírez abrirse paso de nuevo á tiros para reunirse con su jefe, pues, Pumacagua y Angulo, después de haber vengado su derrota en Arequipa, con la muerte del general Picoaga y el intendente Moscoso, entrambos americanos, y entrambos adictos á España, á quienes habían hecho prisioneros al apoderarse de aquella ciudad, estaban resueltos á defender el paso de los Andes á Ramírez y á su gente y así fueron siguiendo á éste desde su salida de Arequipa hasta hacerle frente en buenas posiciones al querer Ramírez cruzar el río Cupí.

Era el día 11 de Marzo cuando Ramírez se en-

contró con una muchedumbre inmensa de indios, protegida por cuarenta cañones y unos ochocientos fusileros resueltos á cerrarle el paso. Pero para su gente bien armada, resuelta y disciplinada, no le pareció empresa difícil arrojarle á todos de sus puestos, y, en efecto, tras corto combate, fueron todos dispersados con pérdida nada menos que de treinta y siete cañones y gran número de cajas de municiones, pertrechos, tiendas, equipajes, etc. Más fatal que la batalla fué para los jefes en ella vencidos, la noticia de su derrota, pues temiendo los pueblos la venganza de Ramírez, se apresuraron á dar pruebas de su lealtad levantándose por España, y fué en esta ocasión cuando Pumacagua, cayó en poder de los de Siquani, que le aplicaron la última pena en castigo de las atrocidades que en aquel pueblo había cometido el caudillo americano, siendo conducida su cabeza en una pica á la capital del Cuzco.

De esta manera se facilitó la entrada de Ramírez que ocurrió á los cuatro días de su afortunado combate ó sea el día 15 de Marzo, si bien hay que advertir que los cuzqueños habían imitado á los sicuanemos, pues se habían levantado por España y batido y preso á los hermanos Angulos que querían organizar en ella la resistencia.

Otros caudillos terminaron también de una manera desgraciada su carrera: Mendoza que tenía su gente hacia Andahuailas y Abancai le asesinaron sus soldados diciéndole que los había engañado. Carrion y Monroy, después de haberse sostenido hasta Junio contra el coronel González que les perseguía, fueron hechos prisioneros y fusilados, y si á este desgraciado fin se sustrajo Carreri fué por haberse levantado la tapa de los sesos al verse poco menos que cogido por González. Todas estas desgracias de los jefes insurrectos dieron por resultado la pacificación de los partidos de Carabaya, Huancane, Sorata, Omasuyos y misiones de Apolobamba.

Por parte de Pezuela, Jáuregui batió varias veces en Febrero y primeros de Marzo á sus enemigos, pero lo fué también él, perdiendo con su derrota buena parte de los triunfos que había conseguido sobre Caballero, Camaró, Olivera y otros.

Por parte de Chuquisaca sucedió todo esto al revés, pues Padilla que había conseguido ventajas sobre los nuestros destruyendo la partida de Corral, de la que escapó tan solo un hombre de los ciento diez que la formaban, fué á su vez derrotado por el comandante Maruri, y ahuyentado por Aguilera, á quien había mandado á esta parte del teatro de la guerra Pezuela, para que reforzase á Tacón, teniendo, además, la suerte de vengar la derrota de Jáuregui.

No menos afortunada fué la empresa del comandante Vigil, quien, vigilando al enemigo con cien hombres desde el puesto llamado del Marqués, supo que una partida enemiga se hallaba en la casa del Tejar. Reforzado con ochenta hombres que le mandó el jefe de la vanguardia Olañeta, se lanzó sobre dicha casa cayendo en ella de sorpresa, con tan buena suerte, que consiguió rendir á todos cuantos en ella estaban, contándose entre éstos Martín Rodríguez, el mayor general de Rondeau, quien había salido á un reconocimiento acompañado de cuatro ayudantes y cincuenta soldados.

Rodríguez, temiendo por su suerte, fingió tan de-

veras un sincero arrepentimiento, que acabó por pedir á Pezuela que le canjease por dos jefes de igual graduación que la suya, con promesa formal de insistir sobre Rondeau para que depusiera las armas, retirándose él, de todos modos, á su casa. Aceptó Pezuela, aceptó Rondeau, y el canje se efectuó, sólo que no llegaron á tiempo para serlo los coroneles Suarez y Sotomayor. Sin embargo, Rondeau, para demostrar su sinceridad ó mejor, para engañar á Pezuela, ínterin iba concentrando los refuerzos que en aquellos días le llegaban de Buenos-Aires, puso en libertad á las familias de Olañeta y Marquiegui. Pero Pezuela presintió el engaño y



Arribo de una diligencia á principios de siglo

se puso sobre aviso, dando orden para que se concentrasen en Santiago de Cotagaita todos sus divisionarios, y como de esto se enterara Rondeau, dando por fracasadas las inteligencias establecidas para una suspensión de armas, y llamándose á engaño, cuando era él el engañador, se lanzó con toda su gente sobre Vigil, que perdió las tres cuartas partes de la suya en retirada, pero dando con su energía tiempo para que Pezuela levantara su campo y se retirara á su vez á Challata, en donde con mayor ó menor fortuna fueron á reunirse las tropas que tenía esparcidas por el país.

Aún así y todo, érale superior en número Rondeau, pero éste no ignoraba la afortunada campaña de Ramírez y la llegada inminente de refuerzos de Chile, que, en efecto, fueron los primeros en llegar á Pezuela dirigidos por los coroneles Rafael Maroto y José Ballesteros, en Mayo y Junio, y esto le hizo prudente deteniendo su avance en Yocalla y Potosí, para concentrar toda su gente. Ramírez, sin embargo, no se reunió á Pezuela sino por todo Julio.

Reunidas ya todas las tropas de Pezuela, resolvió este salir al encuentro de Rondeau antes de que éste recibiese más refuerzos de Buenos-Aires, y al efecto, envió á Ouro al coronel Mendizábal para que defendiera á toda costa aquel pueblo, en donde iba á quedar un gran repuesto de pertrechos y municiones. Esto le imponía un sacrificio de gente, pero á ello tuvo que resignarse Pezuela, quien salió contra Rondeau al frente de tres mil setecientos veintidós infantes, ochocientos nueve caballos y veintitres cañones, mas apenas había empezado á moverse cuando recibió órdenes de Abascal, para que no se comprometiera en acción alguna hasta recibir los tres mil hombres de refuerzo que iba á enviarle, avisándole, además, las grandes concentraciones de gente del enemigo y sus propósitos de destruirle. Pezuela llamó á sus divisionarios á consejo de guerra, y en él se acordó, de conformidad con lo indicado por el virey, pero resolviendo á la vez ir á tomar posiciones á Sepulturas, distante unas seis leguas á vanguardia de Ouro.

Pezuela entregó el mando, empero, á Ramírez, pretextando sus graves dolencias, y ya se trataba de darle escolta para que pudiera llegar á la costa, cuando Ramírez le envía el 28 de Setiembre, recado sobre recado, para que vuelva á tomar la dirección de la guerra, pues se confesaba incapaz de contener á Rondeau, quien había ya empezado á moverse contra nosotros. Pezuela, contra el consejo de médicos que le pronosticaron la muerte, acudió al cuartel general, y como si la enfermedad se hu-

biese avergonzado de atacar pecho tan generoso, le abandonó, recobrando poco menos que milagrosamente, la salud, hombre á quien la ciencia daba por muerto, y es, que las energías morales de aquel cuerpo heroico, dominaron el mal físico y le vencieron.

Ya en su puesto Pezuela ordenó que se reforzara el punto de Sorazora, en donde estaba la vanguardia, y tan á propósito se hizo esto que Rodríguez al avanzar por su parte sobre dicho punto con una columna de seiscientos hombres, encontré con



VICTOR DE BROGLIE

una derrota tan completa que apenas se salvaron de ellos veinte hombres, que le acompañaron á Chayanta para contar á Rondeau su desgracia.

Bastó este contratiempo para que Rondeau resolviera ponerse á la defensiva, y como esto notara Pezuela, lleno de ardimiento y sabiendo cuanto puede la fuerza moral en empresas militares, resolvió prescindir de los tres mil hombres de refuerzo prometidos, que no sabía tampoco cuando llegarían, y abrió la campaña, que había suspendido en Agosto en medio de las inclemencias de la estación, cuando las nieves y los hielos tenían aborrecido al soldado.

Maniobró tan acertadamente Pezuela, que Rondeau, siempre ignorante de donde estaba el grueso de sus enemigos, se fué retirando y cediéndole el paso por todos lados hasta concentrarse en la pampa de

Siperipe, á cuyo punto llegó Pezuela el día 25 de Noviembre, ocupando desde luégo las alturas de Chacaltaya, de las que descendió por parte de Viluma burlando al enemigo que tenía emboscada parte de su gente para imposibilitar su descenso, aparentando, empero, querer forzar estos pasos de cuya operación quedó encargado Olañeta, mientras él desfilaba por la cuesta de Viluma reputada por impracticable. Del 26 al 28 duró esta operación, pues hubo que abrir camino á la artillería á fuerza de pico, sin que durante todo este tiempo presintiera siquiera Rondeau lo que se estaba haciendo: júzguese, pues, de su sorpresa al encontrarse con el enemigo frente á frente y en disposición de asaltar sus posiciones de combate. Pezuela, sin embargo, no quiso precipitarse y diferió la batalla para el día siguiente.